

La ley de la selva

Carlos Gómez Carro*

De modo sinuoso, con un lenguaje encabalgado en el prodigioso ambiente de un pueblo asediado por la selva, el autor deslizaba el lento acorralamiento de Remedios –ojos verdes, mirada anhelante y distraída– por el obstinado amor de Emilio Gálvez, quien al sentirse rechazado sucesivamente por ella, buscó y obtuvo –con la prodigalidad de su fortuna– la complicidad de la familia de Remedios.

El escritor exudaba en sus personajes la catarsis de sus sentimientos encontrados, en parte surgidos de sus tareas como jefe de asesores de una secretaria de Estado, en el alarde ritual exigido a los que intentan mantenerse en el poder, en la transición de un régimen a otro. Sentía, pues, que sus días terrenales se entrelazaban en el antiguo registro mítico de que todo nuevo poder sólo se consolida en la degradación del antiguo régimen y, por consiguiente, en la donación sacrificial de algunos de sus representantes. En cierto modo, la novela se constituía en algo más que un desahogo o en un desprendimiento de algunas obsesiones. En Emilio, su personaje, mutaba la idea del deseo amoroso como una forma del poder; en consecuencia, la conquista de Remedios debiera emular las rispideces cortesananas que se desprenden de la voluntad fija de cooptar a un opositor político o de ideas, a cualquier precio, y el acercamiento del personaje a la familia de ella, el modo idóneo de domeñar los instintos de un pueblo; en ello consistía el ardid de su capricho literario. Un drama amoroso que disfrazara los juegos ideológicos del poder de los que él formaba parte.

Se sugería, en consecuencia, que el verdadero atractivo ejercido por Remedios sobre Emilio descansaba más que en su belleza –la cual, por otra parte, habría hecho correr con abundancia la tinta de algunos de los poetas mayores de la Selva–, ni más ni menos que en su fama de haber rechazado hasta entonces a cada uno de sus pretendientes. Un amor de tiempo atrás, secreto, al que imantaría de un profundo fervor religioso, fungiría, entonces, como la herramienta temática recurrente que explicara el quebranto sentimental del personaje femenino.

Regalos ostentosos enviados por Emilio, a sabiendas de que Remedios los regresaría puntualmente –a excepción de una imagen de la Virgen de los Remedios, agregada por accidente a un recargado portarretratos de plata y perlas–, con el obvio conocimiento y escándalo de la familia entera, en donde lo esencial era ese escándalo; orquídeas en cada encuentro con doña Carmen, madre de Remedios, y donaciones generosas en sus campañas de recaudación de fondos destinados a obras de caridad auspiciados por la Iglesia; amabilidades cortesananas con don Eustasio, padre –con quien Emilio se desvelaba en agitadas charlas de sobremesa acerca de la política nacional–, y desmadres los fines de semana con los dos hermanos en las cantinas y lupanares destinados a los turistas, terminaron por cercar a Remedios y sin otra posibilidad más que la de fijar la fecha de la boda.

Pero en el momento de asentir frente al obispo, fluyó en la intimidad de su corazón la memoria de sus sentimientos, y después de mirar sucesivamente al

* Área de Estudios Interdisciplinarios de Cultura en México, UAM-A.

novio, a sus inescrutables suegros, a sus hermanos, a sus padres y a la concurrencia, se inclinó frente a la imagen de la Virgen y emprendió la huida por la puerta lateral del recinto, hasta que sus pasos diligentes la llevaron a cerrar por dentro la puerta de su cuarto. Sólo entonces sintió que resbalaba por sus mejillas el balance de sus emociones. Horas más tarde, desde la calle, Emilio en la ebriedad de las guitarras, le gritaría, con la atención de todo el vecindario, que ella conocía ya de su obstinación, lo cual era indudable, y que ahora se encargaría de hacerla infeliz y de cobrarle caro, como si intuyera algo hasta entonces por él desconocido, al responsable de tal afrenta.

Esa noche, en el asedio del agua torrencial y los relámpagos, Remedios musitó un nombre que en la reverberación de un trueno no alcanzó a escucharse. Al amanecer, con la lluvia concluida, ella finalizaba una larga carta en cuyo sobre anotó el nombre que ella se había vedado pronunciar, y esta vez caprichoso, el escritor deletreó el suyo propio.

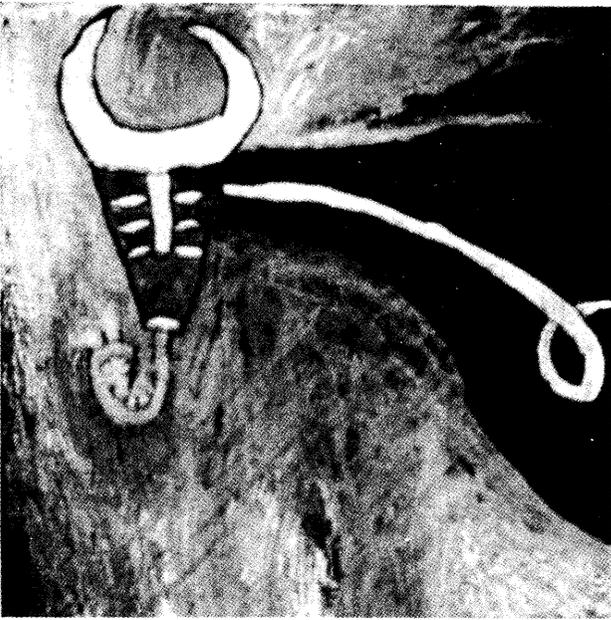
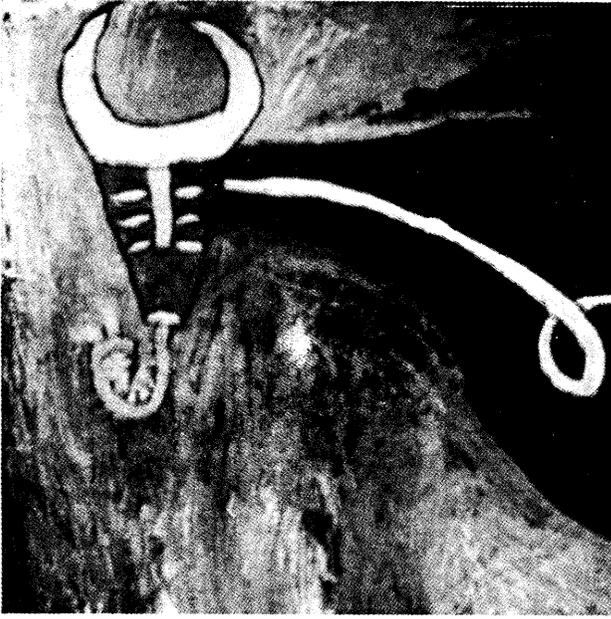
Punzando por los marasmos de la nueva administración pública, que al no encontrar el rumbo exacerbaba la búsqueda de los culpables de sus desdichas —de las que él empezaba a ser señalado con alguna insistencia—, el escritor se vio obligado a dilatar su cercanía de la obra y acercarse a largas noches de conspiraciones en vela; en una de esas madrugadas de humo y de pependencias, encontró entre su correspondencia la carta de Remedios Castorena.

El sonido agudo del despertador le recuperó el sobresalto que le había dejado la lectura epistolar. En efecto, recordó haberla conocido durante la gira proselitista de la campaña electoral antepasada, en la que un orgulloso padre le presentara a su núbil hija a un promisorio funcionario de la administración que estaba por ascender al poder; sorprendido de que lo más probable es que en ella pensara cuando caracterizó a su personaje, pero sin que aquello ocurriera de manera consciente. A su pesar, la carta mantenía un tono mesurado, ninguna alusión, al menos directa, a lo que él desplegara en su relato; aludía a cierta promesa dada por él de volvería a visitarla y una invitación pudorosa para cumplirla, si era esa su disposición. En la situación por la que pasaba, su alejamiento de la escena política quizás

fuera lo mejor que le podía suceder, así que decidió anunciarle a Remedios que en fecha próxima cumpliría su promesa.

En lento desplazamiento hacia Selva, pudo reconstruir entre sus sueños aquellos días del café aromático por las tardes, de lluvias a deshoras que los obligaba a huir por las ondulantes calles empedradas, de la sedosa enredadera del pelo de Remedios y el temblor menudo de sus brazos, de su estrecha cintura, más suave aún por las gotas que se deslizaban en la piel desnuda, sitiada por la penumbra de cuarto de hotel; recuerdos que parecían acomodarse en la continuidad de un relato con diversas ramificaciones, interrumpido apenas por su despertar brusco entre los pregones de la estación del tren. Excitado por la idea de que la rememoración de aquel encuentro con Remedios resultaba el complemento exacto de su novela, se dirigió al mismo hotel en el que años atrás se hospedara.

Ya instalado, se enteraba por los periódicos de que se relacionaba su salida intempestiva con el rumor de una denuncia en su contra por abuso de confianza y malversación de fondos públicos durante la gestión pasada, acusaciones típicas en estos casos, y que era cuestión de horas su consignación. Si su suerte estaba echada, no creyó conveniente hacer mayores conjeturas. Más que nunca deseaba estar con ella, con Remedios, la que con su voz de ternura le dijo que sí a su llamada telefónica, que lo encontraría en su habitación misma, entrada la noche. El sueño de la espera le devolvió la imagen de ella recuperándole la visión onírica de sus encuentros pasados; Remedios cada vez más plena en su sabiduría amorosa, en su extraña y erótica asociación de su amor terrenal con su no menor pasión religiosa. Un delicado beso en la mejilla lo despertó, con ella a su lado, tan idéntica a sí misma, a la imagen que se deshacía entre sueños y se recuperaba en esa sensación irreal que provee a los seres de belleza inaudita la luz de la luna. A pesar del momento existencial por el que pasaba, el escritor sintió que los caprichos de la vida le disponían la felicidad al alcance de la mano. Sus reflejos se reunían en esa luz apenas leve mientras sus frases se enlazaban con el mismo aire que modifica las estaciones.



–Yo te inventé –le habló ella con malicia de ángel, cuando el sosiego llegaba a sus cuerpos, mientras le dibujaba en el pecho palabras ilegibles.

–¿Tú me inventaste? Comenzaba a sospecharlo –siguiendo con sus dedos la curva de sus pechos.

–Te inventó mi pasión. ¿Te parece extraño?

–"Los sacrilegios de la carne son pasiones religiosas..."

–Te burlas.

–No, es lo que escribo sobre tu espalda.

–¿Nunca se te ha ocurrido construir la imagen de alguien, con tal fervor que ese alguien comienza a tener presencia en tu vida; de alguien que comienza a formar parte de tu pasado? Sabes, yo quise que esto ocurriera.

–Después de tu partida, me esforcé por delinear una historia que hubiésemos vivido tú y yo en el transcurso de los días de tu anterior estancia aquí. Mi padre y mis hermanos nunca nos permitieron estar solos, ¿recuerdas? En el fervor de mis oraciones, le pedía a la Virgen el milagro de que nos permitiera construir nuestra historia, tuya y mía, de los dos; aun a costa de nuestro sacrificio...

El escritor jugó mentalmente con las posibilidades de aquellas palabras; si la hubiese escuchado en otras circunstancias le habrían parecido absurdas, pero en esos momentos él mismo podría haberlas dicho, y sin embargo ella era quien convocaba aquel escenario. Pensó en un ajedrez circular, de extraños enroques; en un rompecabezas cuyas piezas a la vez que se arman van creando la figura a armar.

–¿Nuestro sacrificio? –Reaccionando tardíamente a lo que ella le decía. Remedios para entonces se había alejado, desnuda, hasta la ventana para mirar esa sensación de verdad que tiene el amanecer, pero su mirada no se dirigía esta vez al cielo, sino al centro de la plaza, donde se encontraba la figura de un hombre joven, todo de blanco, alto y delgado, con una barba apenas sugerida y un habano en la mano izquierda, junto al padre de Remedios; el viejo mantenía con dificultad una botella en la mano y se mostraba con la estampa de hombre agraviado. Detrás de él y de Emilio, sus dos vástagos como si cualquier cosa, a los que el escritor vio por un instante como los oficiantes de un antiguo rito.

Divagó entonces por las múltiples alegorías convocadas en ese reducto del mundo y del tiempo que habitaban todos ellos, personajes, y que quizá las historias reales y las pasiones inventadas por igual nos consumen y a veces no sabemos distinguir-las. Razonó, sin embargo, en el entrecruzamiento de aquellas existencias y en un alarde de su propia certeza, se dijo que las invenciones como la historia misma, las convocan los más fuertes ■

